

La nueva postura

DON Julio Caro Baroja figura en el cada día más menguado elenco de nuestros intelectuales que no cogen el rábano por las hojas, ni mezclan las churras con las merinas, ni confunden el culo con las témporas, ni toman el ruido por las nueces, ni, en consecuencia, nombran igual el duradero aliento que sostiene el trabajo y el soplo fugaz que airea trivialidades.

Cuando de una persona puede asegurarse algo así, o semejante si que mejor dicho, es porque se paró a menudo a distinguir las voces de los ecos, trocó la constancia de manía solitaria en herramienta cooperadora, hizo de la curiosidad hábito del conocimiento y de la llaneza, la virtud cardinal para enmendar los propios yerros. Don

Julio Caro Baroja, con años de quehaceres a la espalda y el empecinamiento de quien acotó sus tareas porque le gustan y las entiende útiles, ha afilado su capacidad para el hallazgo y la exposición de su saber en un largo y sufrido combate con la estupidez ajena y oficial, que es mucha en el país. Tal manera de andar, ver y explicarse han venido a darnos, de una parte, un conjunto de investigaciones modélicas sobre el patrimonio cultural de nuestro pueblo, y de otra, una impagable afición a componer discursos sencillos y comprensibles que perfilan el valor de lo que se fue, lo que permanece y lo que llega.

Por lo demás, y como a cualquiera, a don Julio Caro Baroja cabe definirle por lo que dice y hace —a cuyo fin apuntaba los someros rasgos precedentes—, pero también por aquello que su conducta niega o de lo que su obra le excluye. Y así, y sin requerir, pienso, de mayores justificaciones, a don Julio no cabe calificarlo de intelectual bonito; para servirme de la última lindeza acuñada por esa mezcla de barman de la estadística, zurdador de fichas y hombre de slogans en que parece decidido a precipitar el sociólogo Amando de Miguel.

Sin embargo, en el último libro del sociólogo, al que le auguro una corta aunque exitosa vida de manos de la sagaz propaganda editorial y el gusto por las guindas que hoy nos priva, no falta la mención de don Julio Caro Baroja. Y ello acaso porque un volumen ornamentado con tan ocurrente ayuntamiento de conceptos ha de justificar el lema que lo preside metiendo, o revolviendo, en el mismo saco unos pocos ejemplos que se acojan al primero de los términos. De modo que entre un nutrido cortejo de correveidiles de textos, importadores de juguetería verbal, eruditos a la violeta y al carmin, traductores que ocultan sus fuentes, simples sacamuelas y otras especies de picaros y gente de vocación palaciega, figura una somera lista de intelectuales a quienes, como no les cuadra la dudosa sutileza de bonitos, menos les cuadra todavía la descarnada apelación de postizos, ineludible en un buen número de los censados en el libro.

No es mi propósito componer el elogio de don Julio Caro Baroja para, so capa de aplau-

dirle arrear por lo bajo a Amando de Miguel, tal como quieren los contumaces usos de esta fiesta. No, mi propósito es didfano, sin duda tanto como tosco, pero fruto de una reflexión cuidadosa. Reflexión, además, traída por la casualidad a mis manos, pues en un mismo día encontré unas agudas declaraciones del antropólogo vasco a "Le Monde" sobre el sentido de la cultura popular en nuestro tiempo y, casi de inmediato, me di de bruces con algunas páginas de

"Los intelectuales bonitos". Así pues, elogio a don Julio Caro Baroja porque, amén de gustarme lo que hace, lo que dice y hasta lo que responde cuando le preguntan —lo cual no entraña una incondicional adhesión—, le tengo por un intelectual

ejemplar para este triste país asolado. Elogio, por tanto, el modo de trabajar y la valía de una obra porque aspiro a contraponerlos a maneras de hacer que, nacidas más tarde y en condiciones mejores, no supieron encontrar en tales facilidades el empeño y las viejas virtudes del saber que busca la riqueza del prójimo.

Y como ya dije que una de las obras más representativas de esa manera me parece la última de Amando de Miguel, pienso obligada la contraposición, así sea para darme moral a mí mismo. De modo que, para mí, lo hecho por don Julio Caro vale por lo que se nos irá cuando más falta nos hace y lo de De Miguel por lo que se nos vino encima sin que nos haga falta y sin que veamos cómo despegárnoslo; los libros del etnólogo los veo un ejemplo vivo de una concepción abierta y generosa del saber, y los postreros del sociólogo, una muestra cabal de para qué sirve una esponja en el mundo de las ideas; el primero nos ha regalado una moderna defensa documental de la pluralidad española, y el segundo, a fuerza de estar a la última y por encima, o de costado, de lo que pasa, apenas si señala cuatro obviedades. En suma, don Julio Caro Baroja es autor de una obra larga, fecunda, asentada y que nos sirve para entender cómo nos hicieron y qué podemos aprovechar de ello. Amando de Miguel, a quien no le faltan talentos, propone en textos como el aludido un estéril ejercicio narcisista; para ser veraz, al título de su libro le sobra el plural y le falta el tratamiento autobiográfico.

Però basta de divagar y al grano: ahí va una lindeza del sociólogo, sacada del extenso catálogo de su bisutería, que para muestra basta un botón: "Los marxistas de antaño —nos advierte— se proponían cambiar el mundo. Hoy, bastante tienen con cambiar la sociedad en que les ha tocado vivir". ¿Qué cabe decir de quien, tras escribir esa frase, no la tacha? ¿O es que el definidor de los intelectuales bonitos piensa de veras que Marx aspiraba a cambiar el mundo achatándolo por el Ecuador?

En fin, estimado y sufrido lector, para quedar lindo en las tertulias del verano, ya lo sabes: polvos de arroz, que el rubor no se lleva. ■

LINDEZAS

ISAAC MONTERO

yo prestado a Stevens por unos cincuenta franceses dueños de plantíos de coco, alarmados ante una "reforma agraria" preconizada por Lini; Francia hubiera deseado mantener el status quo a toda costa —aunque el Gobierno estuviera en manos de un anglicano— para que el fervor independentista no contagiara a Nueva Caledonia —"departamento de ultramar" francés muy rico en níquel—, y la Polinesia, donde Francia realiza a sus anchas sus pruebas atómicas. De por sí, Francia ya había visto, con alarma, el menoscabo de su influencia en las islas —salvo en la cocina: los neohbridenses prefieren el coq au vin al fish and chips—, que llegó al colmo cuando una tribu de Tana declaró mesías al duque de Edimburgo. A esto se agregó otra complicación: no fue el homónimo de la isla —el Espíritu Santo— el que inspiró a Stevens, sino un judío-lituano-norteamericano y millonario, Michael Oliver, quien acusó a Lini de ser un "cerdo marxista", y quien tiene sus propias ideas liberadoras sobre el porvenir del archipiélago. Furibundo anticomunista antisoviético, Oliver cuenta con el apoyo de la organización norteamericana Phoenix, la cual ha intentado ya propiciar la creación de mini-Estados independientes en las Azores, las Bahamas y en the isle of Man, y que ahora enfocó sus miras sobre Espíritu Santo. El objetivo: salvar a sus habitantes de caer en las manos de los comunistas, y construir hoteles y casinos, piscinas, en fin, cosas muy lindas —como diría Bryce Echenique—, y multiplicar a Hawai por el arte de una magia que le haría honor a la visión de Loanapiau. A este gran jefe Loanapiau, también de la isla de Tana, se le apareció hace muchos años, en sus sueños, un mesías anterior al duque: Johnny Frum —el "Frum", derivado de "from" (de): Johnny from America— y le prometió llegar un día al archipiélago cargado de regalos: refrigeradores, radios, tocadiscos, en fin, el progreso. ¿Será que esta antigua ilusión, ya muerta, ha resurgido al fin de sus cenizas, como el ave Phoenix, para salvar el paraíso perdido ya para británicos y franceses, para consagrar una vez más el escenario edénico de la película musical "South Pacific"? El tiempo dirá. "Esperemos que esta ópera cómica no termine en una tragedia", dijo hace unos días el diario inglés The Guardian, "porque de ser así se culpaba a los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia". Si ellos no tienen la culpa, una culpa que arrastran desde 1906, ¿quién entonces? ■